

algunos dias en Damasco, y luego principió á predicar en las sinagogas de la ciudad que Jesus era el Hijo de Dios. Todos cuantos le oían, se pasmaban y decían : ¿Pues qué, no es este el que perseguía en Jerusalem á los que invocaban el nombre de Jesus y vino acá para llevarlos presos á los príncipes de los sacerdotes? Pero Pablo al oírlo, mucho mas se esforzaba y confundía á los Judíos que moraban en Damasco, afirmando que Jesus era el Cristo, el Mesías prometido y esperado. Los Judíos de Damasco no podían, ni responderle, ni resistirle, y se veían públicamente confundidos, mas no por eso se convertían. Acaso intentarían quitarle la vida, que era el medio de que acostumbraban valerse en semejantes apuros; pero nada nos dice el historiador sagrado.

Huye á la Arabia, y cuando vuelve á los tres años, es perseguido de nuevo.

Sabemos por el mismo san Pablo que entonces se ausentó de Damasco y fué á parar á la Arabia, país gentil, donde no habia alumbrado la luz del Evangelio. Allí estuvo tres años, y tambien ignoramos los frutos que produjeron sus trabajos apóstolicos, porque nada nos dice el mismo san Pablo, que es quien nos da la noticia de este viaje. Al cabo de los tres años volvió á Damasco, donde esperaria encontrar mejores disposiciones que las que dejó en su salida, pero se engañó mucho. Los Judíos de Damasco habian considerado que un hombre del carácter de Pablo habia de ser tan terrible enemigo de la ley de Moisés, como habia sido de la de Jesucristo antes de su conversion, y solo pensaban en deshacerse de él. San Pablo empezó á predicar el Evangelio con la libertad propia de su ardiente celo. Mas llegó esto á noticia de los principales de la sinagoga, y luego juntaron un concilio, en el que se decretó su

muerte. En su consecuencia procuraron que el gobernador de Damasco, nombrado por Aretas rey de los Árabes, pusiese guardias á las puertas de la ciudad para prenderle. Supo el apóstol las diligencias que se hacían para apoderarse de su persona, y consultó su situacion con los principales discípulos del Señor que habia en la ciudad. Todos convinieron en que se trasladase á la casa de uno de ellos que, como la de otra Rahab, estaba pegada al muro. Así se ejecutó, y san Pablo, metido en una espuerta, fué descolgado por el muro en el silencio de la noche y puesto fuera de la ciudad y del peligro.

Pasa de Damasco á Jerusalem á visitar á san Pedro.

No era conocido aun san Pablo de san Pedro, cuya dignidad honraba aquel sobremanera, y cuya preeminencia miraba con el mas profundo respeto. Creyó que esta era una ocasion muy oportuna para cumplir con el deseo y deber de presentarse al Vicario de Jesucristo, darle cuenta de la mudanza que la divina gracia habia obrado en su corazon, de las misericordias que habia usado con él y de las órdenes que habia recibido del Cielo. Tomó el camino de Damasco á Jerusalem, y luego que llegó á esta capital de la Judea, se presentó al santo apóstol. Recibió el Príncipe de la Iglesia á san Pablo con aquel cariño que un padre tierno recibe á un hijo convertido. Refirió san Pablo á san Pedro su conversion. Le dijo que se le habia aparecido el Señor en el camino de Damasco, y que le habia hablado... en suma, le contó cuanto le habia sucedido en su conversion y antes y despues de ella, y san Pedro la oyó con el mayor consuelo. Quince dias estuvo san Pablo en Jerusalem, y en ellos á ninguno de los apóstoles vió mas que á san Pedro y á Santiago el Menor, hijo de Alfeo; los demás se habian derramado por la Judea á predicar el Evangelio. San Pablo en estos quince dias hablaba con los

gentiles y disputaba con los Judíos que sabia el griego, y estos trataron de matarle, porque no podian conven- cerle.

Baja á Tarso, su patria.

Se cree que por causa de esta persecucion no estuvo san Pablo con san Pedro mas que quince dias en Jeru- salen, de donde salió al fin de ellos, no porque temiese la persecucion, sino porque, destinado por Dios para apóstol de las gentes, le prohibia el Señor exponerse á una muerte temprana. Cuando entendieron los herma- nos en Jesucristo su marcha, fueron acompañándole hasta Cesárea, que estaba en el camino de Cilicia, y le enviaron á Tarso, su patria, para que entre sus parien- tes, amigos y conocidos estuviese menos expuesto á las asechanzas y persecuciones de los Judíos. San Pablo era desconocido para aquellas Iglesias de la Judea, que se habian fundado desde la venida del Espíritu Santo hasta entonces, y estas Iglesias, dice el mismo apóstol, ninguna otra noticia tenian de mí, sino que las perseguia en otro tiempo, y que ahora predicaba la fe que antes combatia; y glorificaban á Dios por la mudanza tan maravillosa que habia obrado en mí. San Pablo permaneció en su patria y ciudades comarcanas acaso tres años, y su fogoso celo trabajaba incansable en la obra de la conversion de los gentiles, para la que habia sido elegido por Dios, aunque todavía no habia sido enviado con toda la plenitud de poder, con que habia de ser au- torizado despues, como veremos mas adelante. Por este tiempo la Iglesia de Jesucristo, extendida por la Judea, la Galilea y la Samaria, se propagaba caminando en el temor del Señor y estaba llena del consuelo del Espíritu Santo, dice san Lúcas.

Visita san Pedro las Iglesias de Judea, Galilea y Samaria.

Un tanto de calma que habia sobrevenido en la capi- tal, y el interesante estado de la Iglesia naciente en las provincias de la Palestina y poblaciones considerables de sus cercanías determinaron á san Pedro á hacer, como Pastor de todo el rebaño, una visita general á las mana- das que conducian los pastores particulares. Con este designio salió de Jerusalem y recorrió las ciudades de la Judea, Samaria y Galilea, donde crecia la Iglesia de Jesucristo. La historia sagrada ninguna particularidad nos dice de esta visita, sino que habiendo recorrido to- das la Iglesias, vino á los *Santos* que habitaban en Lida. Con este nombre de Santos se designaban en aquel tiempo los discípulos de Jesucristo por la santidad de su vida, aunque no se pretendia significar con esto que estuviesen ya confirmados en la gracia que hace los santos. Era Lida una ciudad muy considerable, situada á dos leguas del mar Mediterráneo, y la quinta de las diez toparquías ó señoríos en que estaba dividida por este tiempo la Judea. San Pedro en su visita, despues de dar las instrucciones propias del Maestro de toda la Iglesia y de ordenar Obispos y ministros que ayudasen á los fundadores de las Iglesias particulares en su gobierno, confirmaba á todos en la fe con sus exhortaciones.

Sana el paralítico Eneas.

Como los enfermos estaban por lo comun privados de oír á san Pedro cuando hablaba á los fieles reunidos, iba despues á sus casas y les dispensaba en ellas este consuelo. Continuando en Lida esta obra de caridad pastoral, halló un hombre, llamado Eneas, que habia ya ocho años que estaba paralítico y postrado en cama, y le dijo: Eneas, el Señor Jesus te sana. Levántate y

dobra tu cama. Eneas se levantó al momento y dobló su cama para que se viese que se hallaba enteramente sano. Eneas estaba reconocido hacia ya ocho años por un enfermo incurable. La noticia de esta salud repentina y entera, concedida por Jesucristo, se extendió luego en la ciudad y aldeas del valle de Saron, en que estaba situada, y todos sus moradores se convirtieron. Un milagro tan auténtico y público, y una conversion tan general, tuvo luego su eco en Jope.

Resucita san Pedro á la viuda Tabita.

Era Jope otra ciudad no menos considerable que Lida. Estaba situada en la ribera del mismo Mediterráneo y sobre un promontorio tan alto que se descubria desde Jerusalem, á pesar de distar mas de doce leguas. Era tambien toparquía, y fué el puerto famoso adonde se llevaban en naves y de donde se trasportaban en carros en Jerusalem las maderas del Libano para hacer el templo de Salomon. Tambien fué á la vista de Jope donde arrojaron los marineros al agua á Jonás, que fué tragado por una ballena y vomitado vivo en la playa. Como Lida solo distaba dos leguas de Jope, luego se supo en esta ciudad el milagro de la curacion de Eneas y la conversion de aquellos moradores.

Habia en Jope una viuda, discípula del Señor, llamada Tabita, que quiera decir Dorcas ó Dama. Era de una virtud ejemplar, vivia entregada á la piedad y á todo género de buenas obras, y era tan limosnera, que se la miraba en la ciudad como la madre de todos los pobres. Personas de este carácter no temen morir, pero todo el mundo teme que mueran. Cayó enferma Tabita y murió. El sentimiento fué grande y general, y solo podia suavizarse tributándola las honores mas esmerados de la sepultura. Lavaron su cuerpo y le ungieron con exquisitos aromas, le adornaron con preciosos vestidos y le expusieron en

un gran cenáculo á la veneracion de todos, especialmente de los pobres, que no cesaban de llorar en su rededor y de publicar sus obras de misericordia.

Como Lida era tan cerca de Jope, segun dejamos ya dicho, sabiendo los discípulos del Señor que san Pedro permanecia en Lida, le enviaron dos de ellos, rogándole que viniese á Jope y que no se detuviese en venir; y aunque nada se decia á san Pedro del motivo de una súplica tan urgente, luego marchó con ellos. Cuando llegaron á la ciudad, le llevaron al cenáculo, donde estaba el cadáver de Tabita; mas apenas hubo entrado en él, cuando se halló rodeado de una multitud de viudas, llorando y mostrando las túnicas y vestidos que les hacia Dorcas con sus propias manos, y pagaba con su dinero para que hiciesen las manos ajenas. Todas pedian á san Pedro la resurreccion de su comun bienhechora, y á la verdad que no podia darse un medio mas eficaz que su gran caridad y abundantes limosnas para conseguir un milagro semejante. San Pedro, para orar con mas intension y fervor, quiso quedar solo. Mandó á todos salir del cenáculo, se acercó al cuerpo, se puso de rodillas, oró al Señor, y dirigiendo su palabra á la difunta Tabita, la dijo: Levántate; y ella abrió los ojos, y viendo á san Pedro, se sentó, la dió la mano y se levantó; y habiendo llamado entonces san Pedro á los santos (á los discípulos) y á las viudas, se la entregó resucitada y llena de vida y salud.

Despues de semejantes prodigios, no tiene necesidad un apóstol de exhortaciones para convertir. La noticia de la resurreccion de Tabita se extendió luego por toda la ciudad, y quedaron en ella muy pocos, aun de los descendientes de Abraham, que no se convirtiesen. San Pedro con este motivo permaneció algun tiempo en Jope en casa de un tal Simon, de oficio curtidor. Notable humildad con que el Principe de la Iglesia quita á los grandes y ricos el motivo de ensoberbecerse, y á los pequeños y pobres el de avergonzarse.

Un ángel manda á Cornelio que llame á san Pedro.

Mientras que el Pastor universal se ocupaba en cuidar por sí mismo del rebaño particular de Jope, el Señor le preparaba otra ocupacion mas considerable en Cesárea, ciudad muy populosa y puerto tambien del mar Mediterráneo. Habia en ella un hombre, llamado Cornelio, centurion ó comandante de los cien hombres de que constaba la compañía que llamaban Itálica. Era religioso y temeroso de Dios, y tambien toda su casa. Hacia muchas limosnas y oraba á Dios incesantemente. Un dia, como á la hora de nona, ó tres de la tarde, vió en vision que un ángel se acercaba á él y le decia : Cornelio ; y fijando Cornelio los ojos en el ángel, preguntó : ¿Qué es esto, Señor, ? Y el ángel le dijo : Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Envía hombres á Jope y llama á un cierto Simon, por sobrenombre Pedro, que vive en casa de un curtidor, que tambien se llama Simon, y tiene su habitacion junto al mar. Pedro te dirá lo que te conviene hacer ; y al momento que se retiró el ángel, llamó Cornelio á dos de sus domésticos y á un soldado, todos temerosos de Dios, y de aquellos que estaban á sus órdenes, y les envió á Jope. El dia siguiente, yendo ellos su camino y hallándose ya cerca de la ciudad, subió san Pedro á lo alto de la casa á hacer oracion, cerca de las doce, y sintiéndose con hambre, quiso comer.

Baja del cielo un vaso lleno de toda especie de animales para que coma Pedro.

Entretanto que le preparaban el alimento, le sobrevino un exceso de espíritu (un éxtasis) y vió el cielo abierto y que descendia un vaso, formado de un gran lienzo, que atado por las cuatro puntas, bajaba del cielo á la tierra.

En él venian de todos los animales de cuatro piés, y de todos los que arrastran sobre la tierra, y de todas las aves del cielo, y oyó una voz que le dijo : Levántate Pedro, mata y come ; y dijo Pedro : Léjos de mí eso, Señor, porque yo jamás comí cosa impura. Y otra vez le dijo la voz : Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro. Esto se repitió hasta tres veces, y á la tercera fué recibido el vaso en el cielo. Mientras que san Pedro dudaba entre si, qué seria la vision que acababa de ver, hé aquí que los hombres que habia enviado Cornelio, llegaron á la puerta, y habiendo llamado, preguntaban si estuviere allí hospedado un tal Simon, por sobrenombre Pedro. Estando aun pensando san Pedro en la vision, le dijo el Espíritu del Señor : Ahí estan tres hombres que te buscan. Levántate, pues, y vé con ellos sin recelo, porque yo les he enviado ; y descendiendo san Pedro al encuentro de los hombres, les dijo : Yo soy el que buskais, ¿qué quereis ? El centurion Cornelio, dijeron ellos, hombre justo y temeroso de Dios, y que tiene á su favor la opinion de todos los Judíos, recibió mandamiento del santo ángel para que te hiciese llamar á su casa y que escuchase tus palabras.

Va san Pedro á Cesárea á verse con el centurion.

San Pedro, pues, haciéndoles entrar, les hospedó, y el dia siguiente fué con ellos á Cesárea, acompañándole desde Jope seis discípulos del Señor. Al otro dia llegaron á Cesárea, donde los esperaba Cornelio con sus parientes y amigos. Cuando san Pedro estaba ya para entrar en casa de Cornelio, este salió á recibirle, y arrojándose á sus piés, le adoró, esto es, le veneró. Mas san Pedro le dijo : Levántate, que yo tambien soy hombre ; y entraron san Pedro y Cornelio en la pieza donde se hallaban reunidos los parientes y amigos de Cornelio ; y como ninguno se atreviese á preguntar á san Pedro, aunque de-

seaban mucho oírle y ser instruidos, san Pedro, tomando la palabra, les dijo : Vosotros sabéis que es cosa abominable para un Judío juntarse con un extranjero ; pero Dios me ha manifestado en vision que ningun hombre debe ser llamado inmundo, ni tenido por impuro ; y por esto no he tenido inconveniente en venir, luego que me habeis llamado (aunque yo soy Judío y vosotros gentiles). Entonces Cornelio, despues de referir el encargo que le habia hecho el ángel de enviar por él á Jope, le dijo : Ahora nosotros todos estamos en tu presencia para oír todas las cosas que el Señor te ha mandado que nos digas.

En verdad, dijo san Pedro, que Dios no es aceptador de personas, sino que se agrada en toda gente que le teme y obra justicia. Dios envió su palabra á los hijos de Israel anunciándoles paz por Jesus, que es el Señor de todos... Aquí les predica san Pedro á Jesucristo, su vida, su muerte y su Resurreccion y Ascension, y estando aun predicando, bajó el Espíritu Santo sobre todos los que le oían, y se asombraron los fieles de la circuncision que habian venido de Jope con san Pedro de que la gracia del Espíritu Santo se derramase tambien sobre los gentiles, porque les oían hablar en muchas lenguas y decir grandes cosas de Dios. Entonces dijo san Pedro : ¿Por ventura puede alguno impedir que sean bautizados estos que han recibido, como nosotros el Espíritu Santo? Y mandó á sus compañeros de Jope que los bautizasen (en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo) invocando á Jesus. Verisimilmente Cornelio seria bautizado el primero y por el mismo san Pedro, en obsequio de su autoridad y virtud singular. Los nuevos cristianos rogaron á san Pedro que se quedase algunos dias con ellos, y el santo apóstol condescendió con sus deseos; pero su calidad de cabeza de la Iglesia solo le permitió estar en su compañía un breve tiempo, cuya duracion no sabemos y cuyos frutos evangélicos tambien ignoramos.

Defiende san Pedro en Jerusalem la vocacion de los gentiles.

Abierta ya á los gentiles la puerta del Evangelio, volvió san Pedro á tomar el camino de Jerusalem, llevando consigo los seis discipulos que habia traído de Jope á Cesárea. Antes que llegase á la capital, supieron los apóstoles y los hermanos circuncisos que los gentiles habian recibido la palabra de Dios, y cuando san Pedro llegó á Jerusalem, disputaban contra él los que eran de la circuncision. ¿Porqué, le decían, habeis entrado en casa de los incircuncisos y comido con ellos, sabiendo que esta comunicacion nos está prohibida? Y san Pedro, aunque como cabeza de la Iglesia, podia responder con sola su autoridad, no se negó á hacer su defensa, y principiando por la vista que le habia hecho el ángel, contó todo lo que le habia sucedido y que dejamos ya referido; y cuando llegó á decir que el Espíritu Santo habia bajado sobre todos los gentiles que se hallaban congregados en casa de Cornelio, y que todos hablaban diversas lenguas, magnificando á Dios y ensalzando sus grandezas y bondades (porque se acordaba de los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte), inundado de gozo; exclamó : ¿Y quién era yo, hombre miserable, para impedir á Dios (que los recibiese en su iglesia)? Oidas todas estas cosas, nadie volvió á disputar, y todos glorificaban á Dios, diciendo : Luego Dios tambien ha concedido á los gentiles, como á nosotros, creer en Jesucristo, hacer penitencia, recibir el Bautismo, y merecer la vida eterna. ¡Tan felizmente terminó san Pedro el gravísimo asunto sobre la vocacion de los gentiles!

La semilla de la divina palabra produce gran fruto en Antioquía.

Algunos discípulos, naturales de Chipre y Cirene, del número de aquellos que se derramaron por las provincias con motivo de la persecucion que se siguió al martirio de san Estéban, fueron á Antioquía, y habiendo sabido el bautismo de Cornelio, de sus parientes, amigos y demás convertidos en Cesárea, y la declaracion que habia hecho san Pedro acerca de la vocacion de los gentiles, emprendieron en aquella gran ciudad la predicacion del Evangelio, principiando por los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, como pedia el buen orden de la caridad y la sangre, y predicando tambien á los gentiles, particularmente cuando veian que no sacaban fruto de sus hermanos los Judíos. No se oponian los magistrados á los progresos del Evangelio, porque veian, que léjos de perturbar el orden público, conducian á la práctica de todas las obligaciones que impone la sociedad; y así era que los ciudadanos, sin riesgo en sus bienes, ni en sus dignidades, y menos en sus vidas, seguían las impresiones de la gracia que se derramaba en abundancia sobre ellos.

Mision de san Bernabé á Antioquía.

No tardó en llegar á Jerusalem la noticia de lo que pasaba en Antioquía. San Pedro, que gobernaba en persona la Iglesia de la capital, supo con gran consuelo las conquistas que hacia la religion de Jesucristo en aquella populosa ciudad, y le pareció, como tambien á los demás apóstoles y principales discípulos, que tan abundante cosecha pedia grandes atenciones. Se juntaron á tratar de este asunto y determinaron enviar á san Bernabé para que ayudase á los discípulos de Chipre y Cirene y su-

pliese lo que estos no pudiesen cumplir por falta del carácter episcopal, porque ninguno era todavía Obispo. San Bernabé lo era ya de algun tiempo, y la eleccion no pudo ser mas acertada.

Sus bellas calidades.

Era san Bernabé Griego de origen, y habiendo nacido en Chipre, sabía perfectamente la lengua que se hablaba en Antioquía. Descendia de la sangre de Leví y se llamaba José. Los apóstoles, al bautizarle, ó acaso al ordenarle de Obispo, le habian mudado este nombre en el de Bernabé, que quiere decir, *Hijo de consolacion*, y con él fué conocido ya siempre. Era un hombre de gran fe, de sumo desinterés, como lo habia hecho ver, trayendo, como ya hemos dicho, todos sus bienes á los piés de los apóstoles, y estaba lleno del Espíritu Santo. Se distinguía por aquella tierna caridad que hace á un pastor tan á propósito para arrebatarse el amor de sus ovejas, y todo el mundo se regocijó en su eleccion. Aceptó el apóstol gustoso este precioso, aunque trabajoso encargo, y partió luego á Antioquía.

Reconoció el estado de aquella naciente Iglesia, y quedó enamorado de la inocencia, fervor y buen orden que reinaban en ella. Bendijo á Dios por las lluvias de gracias que habia derramado sobre aquella tierra extraña. Manifestó su consuelo y agradecimiento á los discípulos que con tanto desvelo la habian formado, y exhortó á los fieles que la componian, á conservar el precioso depósito de la fe y la pureza de las costumbres. San Bernabé tenia bellas disposiciones para emprender y conseguir con felicidad, y en un año que estuvo trabajando en Antioquía con sus amados compañeros los Cipros y Cirenenses, se aumentó tanto el número de los fieles, que juzgó necesario buscar quien le ayudase á

cultivar un campo tan espacioso y abundante, y puso sus miras en su antiguo amigo san Pablo.

Elige por compañero á san Pablo.

Ya dijimos que san Pablo se habia fijado en Tarso, pueblo de su naturaleza, y que desde allí salia á recorrer las poblaciones del pais y predicar el Evangelio á los hijos de la circuncision por no estar aun abierta en aquel tiempo la puerta á los incircuncisos. No podia san Bernabé haber pensado en eleccion mas acertada. Hemos visto el celo y actividad extraordinaria de este apóstol. Él solo era capaz de llevar, no ya parte, sino todo el peso de la Iglesia de Antioquía. Salió, pues, san Bernabé á Tarso en busca de su compañero; le halló ocupado en sus tareas evangélicas, y ambos partieron para Antioquía. Como se habia dado ya entrada en la Iglesia á los gentiles, desde la vocacion de Cornelio, la predicacion de san Bernabé y de san Pablo se hizo general. Un año estuvieron estos dos apóstoles en Antioquía, y fué tal la conversion de los gentiles á la fe, que Antioquía tuvo la gloria de ser la primera ciudad donde los discípulos del Señor se llamaron *Cristianos*. Un estado tan floreciente hizo que muchos de los principales discípulos de la circuncision viniesen á visitar una Iglesia que se principiaba á mirar, con muchísima razon, como la puerta de los gentiles al cristianismo. Entre ellos vinieron varios profetas y doctores, como Simon, por sobrenombre Níger, Lucio, natural de Cirene, Manahen, hermano de leche de Herodes, y algunos otros.

Profetiza Agabo un hambre general en el imperio romano.

Agabo, que tambien era profeta, conoció en una vision que tuvo del Señor, de que habria una grande hambre

en todo el mundo (en todo el imperio romano), la cual se verificó el año siguiente en el imperio de Claudio. Con este conocimiento los discípulos de Antioquía, como era tan virtuosos y caritativos, determinaron enviar cada uno, segun sus facultades, socorros á los hermanos que moraban en la Judea. Estos eran generalmente pobres; ya porque su desprendimiento de los bienes habia hecho que los llevasen á los piés de los apóstoles, para que los pusiesen en las manos de los pobres, y ya por la persecucion que se movió en toda la Judea desde la muerte de san Estéban, en la que se causaron grandes violencias contra los que profesaban la fe, y grandes destrozos en sus bienes.

San Pablo y san Bernabé recogen limosnas para remediarla.

El órden que los apóstoles habian establecido en general, socorria las necesidades ordinarias, pero no bastaba para tiempos de hambre. Los Judíos acomodados, tanto en la capital como en toda la Judea, léjos de socorrer á sus hermanos segun la carne, los aborrecian y solo deseaban acabar con los que ellos llamaban enemigos de la ley y de las tradiciones. En atencion á todo esto, se determinó hacer un esfuerzo para socorrer á los discípulos de la Judea y su capital, de los que los Antioquenos habian recibido la fe y á los que amaban como hermanos. Se recogieron limosnas en mucha abundancia, y se determinó enviarlas á los diáconos y ancianos de Jerusalem y de todos los pueblos, para socorrer á los necesitados de cada uno de ellos cuando llegase el tiempo del hambre, y para llevar este socorro fueron destinados san Pablo y san Bernabé, cuya presencia no era entonces de la mayor necesidad en Antioquia, atendiendo á que esta Iglesia se hallaba bien provista de pastores, maestros y doctores, y estos dos apóstoles tomaron y cumplieron

con el mayor gusto este encargo, tanto en Jerusalem como en toda la Judea.

Viene Herodes á Jerusalem, y la sinagoga le incita contra los apóstoles.

Por este tiempo en que san Pablo y san Bernabé recorrían la Judea repartiendo limosnas, vino Herodes, no Antipas, sino Agripa, rey de Galilea, á Jerusalem, antes que llegase el hambre pronosticada por Agabo. Este año, que era el cuarenta y tres del nacimiento de Jesucristo, coincidía con el año treinta y tres en que habia sido crucificado. Herodes, que habia llegado á Jerusalem pocos dias antes de la Pascua, debia partir despues de ella. Él no tenia interés en perseguir á los cristianos, ni les perseguía en sus Estados de Galilea; pero la sinagoga deseaba con ansia deshacerse de ellos, principalmente de los apóstoles. Con este deseo procuró persuadirle que entraba en sus intereses deshacerse de ellos, ya para atraerse la estimacion de los Judíos, y ya para tener en estos unos poderosos defensores contra los Romanos en cualquier encuentro con ellos, á lo que estaba muy expuesto. Herodes se dejó llevar de sus instigaciones, y como era un hombre á quien costaba muy poco quitar la vida á un súbdito, aunque fuese el mas inocente y el mas virtuoso, determinó dar gusto á los Judíos sacrificando á los apóstoles. No se sabe cuántos de estos estaban á la sazón en Jerusalem, porque no solian separarse de ella todos á un tiempo, ni tampoco estar todos juntos en ella. Lo cierto es que san Pedro, cabeza de todos, Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo, san Juan, su hermano, y Santiago el Menor, hijo de Alfeo, se hallaron en Jerusalem en esta Pascua. Herodes, pues, tenia á su disposicion estas cuatro preciosísimas víctimas para sacrificarlas á su placer y eleccion, ó todas á un tiempo, ó una despues de otra.

Sacrifica Herodes á Santiago el Mayor.

Tomó este segundo partido y echó mano para el primer sacrificio de Santiago el Mayor. No sabemos porqué no principió por san Pedro, cabeza de todos, y por consiguiente primer enemigo de los Judíos. Acaso la fogosidad de Santiago dió motivo á que principiase apagando este rayo del celo apostólico. Santiago fué aprisionado y atado, como lo habia sido su divino Maestro, la noche antes de aquella en que los Galileos debían comer el cordero pascual. Todo el dia siguiente era de fiesta para estos, pero no para los Judíos, cuya Pascua principiaba, como lo hemos dicho y explicado, en la tarde del viérnes, y hasta aquella hora se podían formar los procesos, sentenciar las causas y ejecutar las sentencias. No tardó mucho en formarse el de nuestro querido apóstol. Su delito delante de Herodes era ninguno, y delante de la sinagoga no era otro que predicar á Jesucristo y ser su apóstol. Santiago, para sostenerse y aumentar su fervor, tenia muy presentes estas divinas palabras que á él y su hermano Juan habia dirigido Jesucristo. ¿Podeis beber, les habia dicho, el cáliz que yo he de beber? Y habiendo respondido ellos que podían, Jesucristo les dijo: Pues beberéis mi cáliz. Y el primero de los dos apóstoles que mereció beber este cáliz, derramando su sangre para sellar con ella la divinidad de la religion, fué Santiago. Llevado al tribunal, en nada contradijo á la acusacion que se le hacia; dobló su cuello, presentó su cerviz y recibió el golpe que separó de su cuerpo su preciosa cabeza. Fué martirizado, si no va errado algun cálculo, en el mismo dia que Jesucristo fué crucificado, aunque diez años despues. Grande fué el desconsuelo de los cristianos, que miraban á los apóstoles como á sus padres en la fe, y solo se consolaron, considerando que la religion, fundada sobre la muerte del hombre Dios, habia de ser